Claroscuro (2026) 25 (2): 1-5
Facultad de Humanidades y Artes
Universidad Nacional de Rosario
Argentina

e-ISSN: 2314-0542
https://doi.org/10.35305/cl.vi25.210
https://claroscuro.unr.edu.ar

Nyord, Rune (2025) *Yearning for Immortality: The European Invention of the Ancient Egyptian Afterlife* Chicago: The University of Chicago Press, 307 páginas. eISBN 978-0-226-83824-3

Ignacio Martínez*

Esta reseña representó un desafío para mí, porque mi campo de estudio es la relación entre la religión católica y el surgimiento de los estados nacionales en América Latina durante el siglo XIX. Lo asumí por dos motivos: porque los desafíos intelectuales abren horizontes a quienes deseamos mantener viva la curiosidad y porque no se trata de un libro sobre el antiguo Egipto, sino sobre las formas de comprender un aspecto de su civilización (la religión mortuoria) que se consolidaron entre los siglos XVIII y XIX, pero que tienen una historia previa. Cuando mi colega y amiga, Leticia Rovira, me invitó a hacer la reseña, tuvo la precaución de presentarme la obra de esa manera y agregó, con astucia, que la hipótesis general del libro apuntaba a la fuerte impronta cristiana que tuvieron esas interpretaciones. Ahora sí podría sentirme más a gusto: aprendería cómo nociones cristianas sobre la muerte y el más allá, muy enraizadas en la cultura occidental, habían influido en los modos de comprender civilizaciones previas al cristianismo.

En la introducción Nyord deja clara esta hipótesis y da un panorama del modo en que intentará demostrarla. Contra el relato habitual, según el cual un conocimiento cada vez más preciso de las fuentes condujo a una comprensión cada vez más correcta de la religión mortuoria egipcia, sostiene que ya en el siglo XVII se había formado, con conceptos cristianos, un marco básico para explicar por qué los egipcios preservaban los cuerpos y dedicaban tanto esfuerzo a sus tumbas; ese marco se puso al servicio de debates muy diversos (sobre la historia universal, sobre cristianismo

* Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (IECH) – CONICET, Universidad Nacional de Rosario, Argentina.
E-mail: igntinez@gmail.com

Esta obra está bajo licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

y paganismo, entre católicos y protestantes) y cada uno de esos usos terminó por afianzarlo. La clave del enfoque es convertir a la egiptología misma en objeto de la historia intelectual. Nyord deja entre paréntesis cualquier "realidad objetiva" del antiguo Egipto contra la cual medir las interpretaciones pasadas. Y no acepta la división habitual entre un antes y un después del desciframiento de los jeroglíficos en 1822, según la cual antes sólo habría habido especulaciones sobre Egipto, que podrían estudiarse como productos culturales de su tiempo, y después habría nacido una ciencia que accede directamente a las fuentes y escapa a esos condicionamientos. Para Nyord, la egiptología académica es tan hija de su época como las interpretaciones que la precedieron. En lugar de preguntar quién acertó, indaga por qué ciertas ideas resultaron atractivas, a qué agendas sirvieron y por qué algunas perduraron; de allí que la cuestión, advierte, interese a un público mucho más amplio que el de los egiptólogos. Su método es la lectura minuciosa del vocabulario, la estructura argumental y las fuentes de cada autor, capaz de captar variaciones mínimas en una tradición que cambió con notable lentitud.

Tras leer esta introducción recordé un pasaje del muy influyente libro de Barry Kemp (1992), *El antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*. En sus primeras páginas fundamentaba epistemológicamente la posibilidad de estudiar civilizaciones tan lejanas a las nuestras refiriendo a un sustrato humano común. Lectores y antiguos egipcios, recordaba Kemp (1992: 7-9), somos miembros de una misma especie y compartimos "una conciencia común y un substrato de conductas inconscientes"; la capacidad de salvar barreras culturales demostraría que la conciencia humana "posee, en el fondo, la misma naturaleza". Esos rasgos básicos de la "conciencia humana" nos darían la llave de ingreso para conocer culturas tan remotas como las del Antiguo Egipto. La advertencia que plantea Nyord es que esos rasgos que identificamos como universales son, en realidad, esenciales a nuestra cosmovisión cristiana, tanto que tendemos a ver todo desde esos lentes. Curiosamente, el propio Kemp rozaba el problema cuando observaba que el judaísmo y el cristianismo no nos parecen extraños porque su lenguaje y sus imágenes forman parte del modo en que los occidentales, desde que nacemos, clasificamos la realidad. La propuesta de Nyord, como ya advertirá el lector, está muy en sintonía con las posiciones epistemológicas estimuladas por los estudios poscoloniales: él mismo la presenta como un aporte para revertir lo que llama una "colonización conceptual" de la religión egipcia. Podría ocurrir, sin embargo, que el valor de este libro se agotara en la pertinencia de este enfoque para plantear una hipótesis que suena convincente, como

sucede con muchas indagaciones que tienen este punto de partida. Considero que no es este el caso, puesto que, con el correr de los capítulos, el autor va desmadejando una historia de la interpretación de la muerte en el antiguo Egipto que no sólo sustenta su hipótesis, sino que desmonta operaciones intelectuales básicas de la disciplina, como el comentario crítico de la bibliografía preexistente y la interpretación de monumentos, imágenes y textos, para mostrar cómo operan en todas ellas principios culturales propios tan incorporados que se hacen invisibles.

Conviene adelantar al lector el hilo de ese razonamiento, que Nyord recapitula en la conclusión. Todo descansa en una presunción previa a cualquier fuente: que la persona se compone de un cuerpo perecedero y de un alma que le sobrevive. Aceptado ese dualismo, preguntar por la religión mortuoria egipcia fue preguntar por el destino de las almas, y las respuestas variaron: el alma que aguarda junto al cuerpo preservado, la que transmigra por otros cuerpos, la que habita un reino de los muertos. A ese esquema se sumaron, de a poco, un juicio, primero terrenal y luego ultraterreno, y con él premios y castigos según los méritos de cada vida. Los capítulos siguen ese hilo en orden cronológico. El primero presenta los textos griegos y latinos que servirían de materia prima a casi todas las reconstrucciones posteriores. Dos serán decisivos: Herodoto atribuye a los egipcios una transmigración del alma (metempsicosis) por todas las especies animales, sin premios ni castigos, y Diodoro describe un tribunal de vivos que juzgaba la vida del difunto para decidir si merecía sepultura. El segundo capítulo muestra que, antes de que esos textos circularan en Europa a fines del siglo XV, la observación de cuerpos intactos y el comercio de la *mumia*, sustancia medicinal extraída de los cadáveres embalsamados, ya habían instalado la primera presunción: los egipcios momificaban para preservar el cuerpo. Cuando llegaron los clásicos, hubo que conectar las creencias que describían con esa práctica, y se lo hizo con el vocabulario disponible (cuerpo, alma, inmortalidad, resurrección), que era el cristiano. Los capítulos tercero y cuarto siguen esa operación entre 1650 y 1750, cuando Egipto se volvió pieza de las grandes historias universales y de los debates sobre su relación con la religión de Moisés. Es entonces cuando ingresa con fuerza la dimensión moral: la transmigración pasa a depender de la conducta y el tribunal de Diodoro se desliza hacia el más allá hasta parecerse al Juicio Final. Benoît de Maillet, de quien proviene el título del libro, lo explicaba por un "secreto anhelo de inmortalidad" universal que sólo la revelación satisfacía plenamente; el dogma cristiano podía, por lo tanto, iluminar la lógica de las prácticas paganas.

Los capítulos quinto y sexto, dedicados a la segunda mitad del siglo XVIII y a la expedición napoleónica, muestran cómo la documentación sistemática de los monumentos permitió anclar esas ideas en imágenes egipcias concretas: el pesaje del corazón del Libro de los Muertos se convirtió en el tribunal ultraterreno, y una escena del Libro de las Puertas, en la ilustración de una transmigración con castigo. Al mismo tiempo, la imaginación cristiana del cielo se poblaba de viajes, experiencias y progresos individuales, y esa sensibilidad facilitó leer los papiros funerarios como el itinerario del alma hacia el juicio. Los dos últimos capítulos desmienten que el desciframiento de 1822 haya cambiado radicalmente el panorama. Champollion tradujo las leyendas del pesaje sobre una interpretación ya establecida. La metempsicosis, relegada primero a especulación de una élite sacerdotal, desapareció sin debate explícito hacia 1870. Y cuando circularon traducciones completas de los textos funerarios, se las leyó como descripciones literales del más allá. Hacia 1885, sostiene Nyord, el modelo quedó cristalizado con un vocabulario que todavía nos resulta familiar.

Este recorrido no sería tan persuasivo sin la destreza metodológica con que está construido. Nyord no mide cuánto se alejó cada intérprete de la real concepción egipcia de la muerte. Elige, en cambio, casos testigo: testimonios que permanecen fijos mientras cambian sus lecturas. El de Herodoto es el más elocuente. Ese pasaje breve no se modifica en cuatro siglos; lo que cambia es lo que se le agrega o se le quita (un premio o un castigo, el retorno al cuerpo original, un purgatorio), y como el insumo es constante, la variación aísla el factor interpretativo. El tribunal de Diodoro, trasladado al más allá pese a la advertencia del propio historiador de que esa era una lectura errónea de los griegos, y las fuentes árabes medievales, que no vinculan la momificación con vida ultraterrena alguna, funcionan como controles adicionales. Lo sutil es que la prueba no se hace contra una muestra egipcia pura, sino contra un material que ya era interpretación, y que la cristianización rara vez necesitó inventar: el platonismo y los escritos herméticos, asimilados desde antiguo por la teología cristiana, le ofrecían dentro del propio corpus clásico el condicionante moral del destino del alma que Heródoto no mencionaba. El momento más revelador, sin embargo, es el ocaso de la metempsicosis. Durante siglos, dotar de premios y castigos a la transmigración había sido la vía más eficaz para cristianizar la muerte egipcia, a la vez que la doctrina servía para marcar su otredad. Cuando las imágenes de los papiros y de las tumbas ofrecieron otras maneras de representar el juicio y la condena, esa función se volvió redundante y la metempsicosis cayó sin necesidad de refutación. La cristianización ya no requería la exégesis de los clásicos: la

suministraba la empiria de las imágenes y, luego, la de las traducciones. Nyord muestra con agudeza el efecto de ese desplazamiento. Escenas como el pesaje del corazón pasaron a ser, a la vez, ilustración y demostración de las ideas que se habían proyectado sobre ellas, y el marco, que preexistía a las fuentes, terminó pareciendo derivado de ellas. De allí su notable estabilidad, porque un esquema capaz de absorber cualquier texto o imagen resulta prácticamente inmune a la refutación. Y de allí también una pregunta que excede a la egiptología: qué queda de la pretensión de comprender lo particular desde lo universal cuando lo universal resulta ser, también, una particularidad.

¿Y hacia dónde vamos desde aquí? Esa es la pregunta que sirve de título a la conclusión del libro y la que se hará cualquier lector de buena voluntad luego de esta minuciosa tarea de demolición emprendida por Nyord. El autor sólo ofrece notas preliminares de una tarea que promete para un próximo libro, pero el rumbo es claro. Primero, respetar la especificidad de los conceptos egipcios: ni el *ka* ni el *ba* funcionan como el alma inmaterial e inmortal que el siglo XIX buscó en ellos. Desde allí, los dos grandes datos que la tradición había cristianizado admiten otra lectura. La momificación no buscaba conservar el cuerpo para la eternidad, sino transformar al difunto en ancestro. Y los textos e imágenes funerarios no relatarían el destino del alma: serían composiciones rituales, eficaces dentro del rito, como las del culto en los templos. Al abandonar un paradigma, recuerda Nyord con Kuhn, se abre una fase inquietante pero estimulante: el terreno queda libre para mirar a los egipcios sin pedirles que crean lo que nosotros creemos.

Bibliografía

Kemp, Barry J. (1992) *El antiguo Egipto. Anatomía de una civilización.* Barcelona: Crítica.